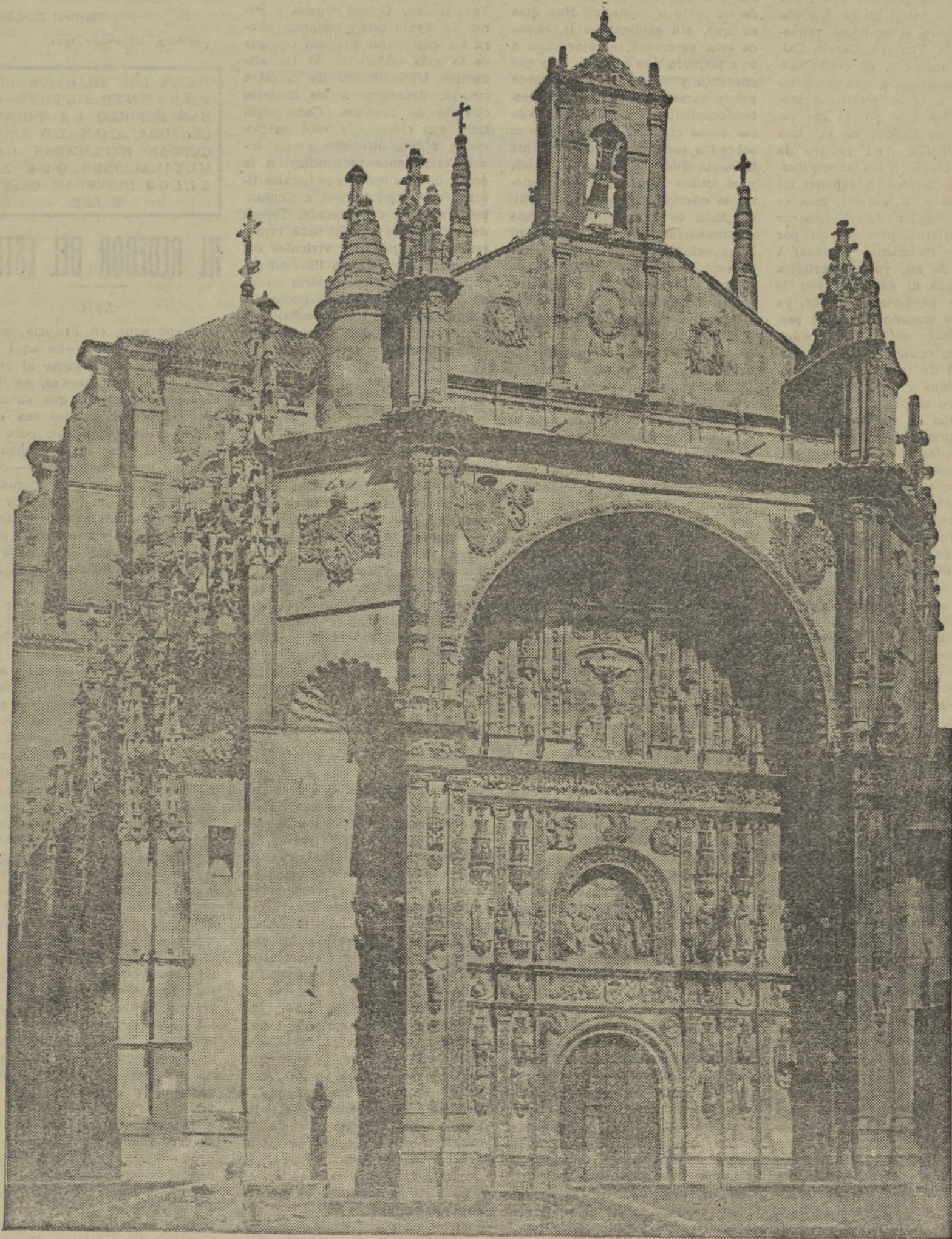


LOS LUNES DE EL IMPARCIAL

AÑO LVIII

MADRID, 21 DE SEPTIEMBRE DE 1924

NÚM. 20.482



MONUMENTOS NACIONALES: Histórico colegio de Santo Domingo, de Salamanca

A OCHO DIAS VISTA

En torno del idioma

Si el respeto a lo que sólo se conoce empíricamente nos cohibiera, yo me abstendría de penetrar en las interioridades del castellano, idioma que, sin duda, por mi abolengo vasco no he logrado dominar; pero el amistoso requerimiento de Ventura García Calderón me absuelve, en cierto modo, de ese escrúpulo, que acaso no inquietase a otros escritores menos atrevidos que yo. Si me resuelvo, pues, aunque no sin una vaga aprensión del peligro de errar que acecha a los incompetentes y a los osados, a exponer mi opinión sobre la materia, más es por la precaución de no desairar al ilustre literato peruano, que por prurito de lucimiento personal. A depender de mí, yo no escribiría de literatura ni de nada, con lo cual poco perdería el lector, ya que parece empeño pueril el pretender atraer su atención sobre una colina, cuando tiene a la vista, dentro de la orografía literaria, soberbias e imponentes cordilleras. Pero el que sintió una precoz vocación de escritor y no fué bastante precavido para aprender, en sus verdes años, un oficio manual, menos dañoso para la humanidad que la función de colector de ideas y sembrador de lugares comunes, se ha de resignar a esto último, si quiere ser fiel a la voluntad de los dioses. Yo envidio la honrada independencia del zapatero de portal, quien, no conociendo a la gente sino por las extremidades inferiores, se puede permitir juzgarla con cierto indulgente optimismo. Lo terrible es conocer al prójimo de cintura arriba y saber lo que tiene en el corazón y en la cabeza. Esa triste experiencia, que está más al alcance del escritor que del zapatero, es una de las causas de nuestra prematura misantropía...

Pero, en fin, *patto maiora canamus*, o dicho en términos vulgares, hablemos de cosas más serias que nuestra persona. Ventura García Calderón no ha querido allanarse a que James Fitzmaurice Kelly le clasifique en su obra *Spanish literature* como un maestro del estilo rápido afrancesado, y en el folleto que acabo de leer se defiende de aquella imputación con un caudal de razones que otro crítico más inteligente que Fitzmaurice Kelly se hubiera apresurado a admitir como valederas. Pero el autor de aquella obra que tradujo a nuestro idioma el docto polígrafo Sr. Bonilla San Martín, es más aplicado que penetrante y más tradicionalista que flexible. El diálogo era difícil entre un espíritu como el de García Calderón, todo alas, y un erudito que no cree que se perpetúe nada que no esté hecho con hormigón. Estos críticos dogmáticos y pesados, que no aprecian el valor de la obra ajena sino desde su ángulo mental, me han sacado muchas veces de mis casillas. Hay en sus pretensiones de infalibilidad un no sé qué de ridículo que indigna y hace reír conjuntamente. Yo no

creo en otra crítica que en la meramente impresionista, y aun esa crítica flaquea a menudo, porque en ella intervienen de modo decisivo nuestro temperamento y nuestra disposición visceral. ¿Qué hombre que padezca del hígado puede ser justo o imparcial? Hay días en que, sin explicarnos la causa de esta severidad, arrojaríamos a una hoguera una obra de arte que cuarenta y ocho horas más tarde puede parecernos admirable. Nuestras conclusiones sobre el mérito de las cosas que nos rodean, y aun sobre las personas, dependen, ante todo, de nuestro estado de salud, y el ánimo deprimido no reacciona lo mismo que cuando se exalta. ¿Está el crítico libre de esas contingencias orgánicas? ¿No? Pues entonces, lo que él considerara veredicto, aun admitido el desinterés intencional, es insuficiente. James Fitzmaurice Kelly es, como crítico, de una autoridad recusable. Erudito, aunque sin igualar en ese respecto a Ticknor, su poder de análisis es muy limitado. Un crítico es, ante todo, un revelador de bellezas que no descubriría el vulgo en la obra de arte, si alguien no se tomase el trabajo de señalarlas. Las bellezas y los defectos, naturalmente, porque todo está a merced de su sagacidad exploradora. Los estudios de Ticknor sobre el arcipreste Hita y sobre Gonzalo de Berceo son admirables por su precisión. Se ve que ha operado sobre materiales de primera mano, sin dejarse influir por otras autoridades; que ha vivido en la intimidad literaria de los escritores que va a juzgar, no con esa fría independencia que algunos suponen indispensable en el crítico, sino con una cierta simpatía previa que no cierra el camino a la lucidez. ¿Se puede asegurar lo mismo del Sr. Kelly? Claro es que se puede sostener que el escritor inglés nos ha dado una obra crítica inexpugnable. Lo dirán los literatos a quienes ha puesto en los cuernos de la luna, y desde su punto de vista tendrán razón. El hombre a quien se le toma el pelo, por vacuo y petulante, en su país, no sabe cómo agradecer el que se le rehabilite pomposamente en el extranjero, adjudicándole una categoría literaria y un honor que está lejos de merecer. Eso es humano, y prueba nobleza de alma.

Cifándonos al caso de Ventura García Calderón, el crítico inglés se ha excedido al clasificarle como un maestro golipadista. Yo me felicito, sin embargo, de esa injusticia, que ha dado lugar al prestigioso literato peruano para discurrir con tanta competencia como distinción intelectual sobre la vida y los posibles ensanches de nuestro idioma. Aunque es difícil añadir algo nuevo a las sagaces observaciones de Horacio sobre el arte literario, Ventura García Calderón las ha renovado agraciándolas con los dones de su experiencia de escritor. Una lengua, viene a decir el crítico peruano, es un organismo vivo, sujeto, como todo lo que palpita en la tie-

rra, a eventualidades evolutivas, que determina el espíritu de una cultura. ¿Se nos va a exigir ahora que escribamos ateniéndonos a este o el otro modelo clásico? Ciertos escritores de nuestro tiempo, como Gómez de Baquero, «Azorín», Valle-Inclán, Ortega Gasset y Pérez de Ayala están forjando ahora un castellano que, sin renegar de lo más sustancial de los elementos tradicionales de nuestra lengua, determinará los modelos clásicos de mañana. Cada siglo tiene sus clásicos, y esos escritores y algún otro que omito involuntariamente personificarán la prosa de una época con iguales títulos que reconocemos a Cervantes, fray Luis de Granada, Teresa de Avila, Solís y Melo para representar otros períodos vivientes del idioma. Sobre nuestra libertad para innovar la lengua patria ha dicho Horacio cuanto se podía decir, y yo encuentro las consideraciones críticas del gran maestro latino sesudas y definitivas.

*In verbis etiam tenuis cantusque serendis
Dixeris egregie, notum si callida verbum
Reddiderit junctura novum.*

Eso mismo ha venido a decir Valle-Inclán, cuando nos exhorta a casar por primera vez vocablos viejos. El valor del estilo de un escritor está menos en la suma de palabras que extrae del diccionario que en su acierto al enlazar voces ya usadas. El idioma es una materia maleable que nuestro temperamento domina a voluntad, prestándole las formas más diversas. No es la palabra aislada, sino la cláusula entera la que afirma la originalidad creadora de un escritor. Cuando Horacio nos dice

*Si forte necesse est
Indiciis monstrare recentibus abdita rerum,*

no nos autoriza a entrar a saco en el diccionario, que es el pan-teón del idioma, sino a usar parsimoniosamente de voces nuevas cuando nos lo imponga la necesidad de exponer ideas nuevas. Lo interesante no es, pues, vitalizar palabras que el pueblo condenó a muerte hace siglos por horror a su parasitismo, sino renovar los giros del idioma, respetando, en la medida de lo posible, la castiza genealogía de las voces. Si el Sr. Fitzmaurice Kelly hubiese tenido la prudencia de adoptar ese sano criterio, Ventura García Calderón no podría parecerle un escritor afrancesado. A la libertad de allegar vocablos de otros idiomas no me adhiero yo sin reserva, y encuentro natural que la Academia ejerza sobre ese punto una severa función policiaca. No conviene que se llegue, por un ilimitado uso de aquella licencia, a la creación de un idioma cosmopolita. Nuestro idioma es más rico de voces que de giros, y lo que cada época puede traer a él, como resultado de su sensibilidad y de su experiencia cultural, es la renovación de los estilos, sin abrir la mano demasiado en la naturalización de las palabras. La subordinación de los aciertos de estilo

a problemas gramaticales es otro aspecto de la materia que no debemos mirar con indiferencia, y sobre ese punto cualquier idioma me parece inconciliable con el nuestro. La lengua es también una afirmación de independencia y tiene sus fronteras bien delimitadas. En resumen: lo que importa es tener un temperamento literario y algo que decir...

Manuel BUENO

Guelhary, septiembre 1924.

TODOS LOS TRABAJOS DEL PRESENTE SUPLEMENTO HAN SUFRIDO LA PREVIA CENSURA, CON LO CUAL QUEDAN EXPLICADAS LAS MUTILACIONES QUE EN ELLOS PUDIERAN OBSERVARSE

AL REDEDOR DEL ESTILO

XXII

CUANDO aquí, en Francia, me vi en cierto modo—he aquí una frase hecha—a dirigirme al público, a un público francés, en francés empecé diciendo que en otras lenguas podré, aunque sea mal, vestir mi pensamiento; pero que sólo en la mía, en la lengua española, puedo desnudarlo—como que mi pensamiento es lengua española que en mí piensa—, y luego que a ningún pueblo puede sonarle a acento extranjero el acento humano, y que con acento humano iba a hablarles. Pero ¿hay un acento humano?

En aquel cuento de Edgardo Poe en que se narra el crimen, por un orangután, de la calle de la Morgue, se nos dice que los gruñidos de la bestia sonaban a acento extranjero, pero de hombre. Si oímos a un loro en español, conocemos acaso—no siempre—que es loro y no persona; pero si el loro pronuncia frases en ruso o en japonés o en sueco, será difícil, no viéndole, que las distingamos de la de una persona. Y no, no hay un acento humano, un acento universal. Sería el acento medio, y el acento medio es, como todos los términos medios, la más inhumana de las abstracciones. El promedio de lo humano es lo animal.

Lo que yo quería decirles al hablarle de mi acento humano, de mi acento universal, era mi acento individualmente personal o personalmente individual—mi estilo de decir y de pronunciar y de acentuar. Porque lo individualmente personal es lo más humano que hay. Lo individual es el colmo de lo comunal.

Monsieur Herriot, el actual presidente del Consejo de ministros de la República francesa, este producto de la democracia pacifista francesa de después de la guerra, hablaba, no hace mucho, del francés medio, del ciudadano francés de término medio—que es el sujeto democrático—. En inglés hablan del *average man*, y en alemán tienen un término técnico, de estadística, que es *der Durchschnittsmensch*. Y el hombre de corte

Transversal siempre resulta cortado o no llega a hombre entero.

Este hombre medio tiene un acento medio que no le es propio, que le es común. Y ese acento, para el que no habla su lengua, no es acento humano, porque no es acento personal, espiritual. Pero si oís un discurso, en lengua que no entendáis, a uno que la hable con acento personal, con estilo, sentiréis el acento humano.

¿Por qué del término abstracto humanidad, que quiere decir la cualidad del ser humano, hemos hecho un colectivo equivalente a género humano? Y, sin embargo, las muchedumbres de hombres, las masas, no son humanas. No hay masa humana. Puede ser humano cada hombre; la muchedumbre es inhumana.

Y luego, cuando me he puesto a escribir artículos para que sean publicados en francés, he visto lo intraducible de mi humanidad, sobre todo al francés de tipo medio. Porque hay aquí, en Francia, más que en otra parte, no ya una gramática, una retórica nacional, oficial, realista tal vez, imperialista a las veces, republicana acaso, una manera democrática. ¿Estilo? Estilo, no, sino negación de estilo. Y así, cuando se oye decir: «Aquí casi todos escriben bien», hay que traducir que nadie escribe o que escribe la masa. ¿Escriben? No; está escrito. Componen al modo de un tipógrafo.

Hay que ver la dificultad de introducir uno de esos a que se llama neologismo. Yo, que he empleado alguna vez en español el vocablo *curoide* para designar el que es al cura lo que el metaloide al metal, el esferoide a la esfera, el elipsoide a la elipse, el antropoide al *anthropos*, u hombre, el selenoide a la *selene* o luna, tuve un pequeño éxito en Bruselas al hablar del *curoide*, que lo tradujo *pretroide* y lo expliqué. Pero fué en Bruselas, en el gran Brabante, donde la libertad es mayor que aquí.

Otro día introduje en un escrito aquella expresión gaditana de que uno tiene gatitos en la barrija—individualizaba el uno ese—, y la traduje dándola por expresión traducida y explicándola. Pues bien; el ciudadano francés de tipo medio, encargado de revisar y corregir mis escritos, se sonrió al leerla; murmuró: «¡Es original!», pero la suprimió al publicar el artículo. Y la suprimió porque resultaba original en francés, original como el pecado a que debemos la historia y el progreso. ¿Original? No; la originalidad es la negación del lenguaje democrático, del lenguaje de una muchedumbre nacional cualquiera.

¿Es que la originalidad es intraducible? ¿Es que lo original de una lengua no puede pasar a otra?

«Original» deriva de «origen», y «origen» del verbo latino *orior*, *oriri*, que significa surgir, nacer. Es el mismo verbo de donde viene nuestra voz «oriente», o sea naciente, con referencia, ¡claro!, al sol. Y original es lo naciente o lo surgiente. Y lo que nace luego se transmite, se le hace vivir, se

le convierte en tradición. Pero en tradición viva. Y tradición es algo así como traducción, pues el *tradere*, entregar o transmitir, es un traducir. Cabiendo originalidad en la traducción. ¿O es que el vivir no es un continuo nacer y un continuo morir y un continuo renacer?

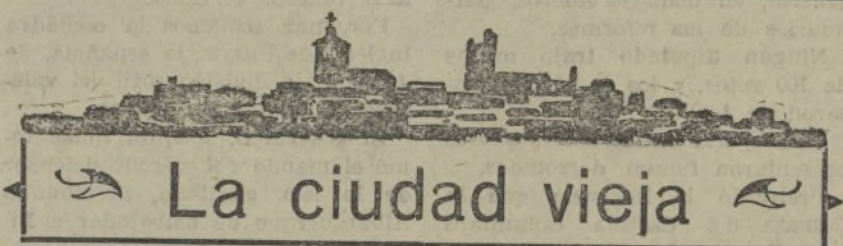
Hay, sin duda, traducciones originalesísimas; hay traducciones que tienen el valor de una creación primitiva, que tienen estilo. Porque hay quien piensa y siente en una lengua lo que otro pensó y

sintió en otra. ¿Lo mismo? Parece lo mismo.

Mas esto nos llevaría al arte de traducir, que es cosa muy estrechamente atañedora al estilo. El imitar mismo es un traducir, y cabe, sin duda, originalidad en el imitar.

¿Es que la personalidad se transmite? He aquí toda la base de la traducción y de la tradición. Que es la base misma de la herencia espiritual. El pecado original dicen que se transmite.

Miguel DE UNAMUNO



En la llanura parda y yerma yace, lo mismo que una enferma que agonizase bajo el sol, esta ciudad vieja y vetusta, que es una noble ruina augusta del rancio páramo español.

Severamente reclinada sobre la inhóspita llanada tiene la ascética altivez, y el desdén puro hacia la vida de una gran dama, recogida en el dolor de su viudez.

Sobre sus mudas soledades los días son eternidades. No hay un rumor, no hay un afán que en sus nostalgias la despierte. Y hacia el abismo de la muerte con lentitud sus horas van...

¡Oh, pesadumbre de las horas, pausadas, tristes, incoloras, sin alegrías ni inquietud!

¡Cuentas iguales de un rosario que reza el pueblo milenario que nunca tuvo juventud!

Esta ciudad grave y doliente brinda el aspecto penitente de una olvidada catedral, en cuyas bóvedas sombrías late el perfume de otros días llenos de un místico ideal.

¡Oh, calma de la villa austera, que nada ansía y nada espera, sino morir en santidad!

¡Como un remanso que, dormido, jamás el sueño ha interrumpido de su silencio sin edad!

En las mañanas se alza el coro de las campanas, un sonoro y amable coro parroquial, que es, con sus dobles y sus trinos,

la voz que rige los destinos de la ciudad episcopal.

Las laberínticas callejas al alba vaga cruzan viejas de negro manto y seca faz, que, como sombras silenciosas, en las iglesias penumbrosas buscan reposo y suave paz.

Y polvorientas hornacinas muestran en muros y en esquinas la efigie santa del Señor, o dulces vírgenes radiantes con sus coronas coruscantes de un apagado resplandor.

Hay solitarias alamedas y melancólicas olmedas, por las que vense pasear clérigos lentos, embrizados en la dulzura embelesados de algún sabroso platicar; viejos conventos ruinosos, amablemente misteriosos, con vago olor de santidad,

en que hay novicias y doncellas en cuyos ojos, cual estrellas, se abre la flor de la piedad...

tristes jardines monacales, bajo los oros vesperales, que son senderos de aurea luz, por los que ascienden soñadoras las almas puras, como auroras, hacia el reinado de la Cruz...

¡Oh, vieja villa penitente! ¡Cuándo mi espíritu doliente a tu silencio tornará,

y en el secreto de sus lares —un cirio más en tus altares— sin un rumor se apagará!

Andrés GUILMAIN

EL MUSEO ROMANTICO

I En el umbral

CALLE de San Mateo. Sitio madrilenísimo. Junto a la «corta y solitaria calle de Santa Agueda», donde hace habitar Galdós a su «Ángel Guerra». Se oyen las campanas de San Antón. ¿Qué dicen al romántico las campanas de San Antón? Dicen dos cosas: una... Goya. En San Antón se conserva, está a la vista del público, un gran cuadro del pintor de las masas, el «San José de Calasanz». Y Goya es..., ya hablaremos de Goya. Recuerdan, además, un nombre que es, quizá, la mayor afirmación romántica de las letras españolas. En las Escuelas Pías de

San Antonio Abad ingresó en 1818 un niño, más bien un hombrecillo, de nueve años, retraído, misántropo ya—¡ya!—, que no sabía jugar, y como excepción lo hacía alguna vez al ajedrez, pero que estudiaba con entusiasmo impropio de su edad. Aquel chiquillo triste, pensativo, incansable lector—como Cervantes—de todos los papeles escritos que llegaban a sus manos, era... Os lo figuráis. ¿Verdad que sabéis que estoy hablando de Mariano José de Larra?

La calle de San Mateo es una calle de apariencia extática por lo silenciosa, pero de contenido bien dinámico. La Escuela de Artes y Oficios, la Institución para la Enseñanza de la Mujer, son col-

menas henchidas de activísimas abejas. Y siendo un lugar plenamente céntrico, fuera de las rutas tranviarias y del trepidar renqueante de ese monstruo como una supervivencia paleontológica, como un «mamuth» loco y mal oliente, que se llama el autobús, es esta una calle reposada, tranquila, propicia antesala de la biblioteca acogedora y del aula que necesita el espíritu aquietado, desintegrado del hormiguillo ambulatorio que contagia la atmósfera vibrante, la estruendosa greguería de las vías de tránsito excesivo.

Existe en Valladolid una biblioteca popular, única por su carácter en España. Me refiero a la de la Casa de Cervantes, creación, como el Museo Romántico, del señor marqués de la Vega-Inclán. Frecuentado con preferencia por el elemento femenino, no hay división de clases. Señoritas aristocráticas, normalistas y obreras, en sus horas de descanso, libres de la clausura del taller, se mezclan alrededor de la mesa llena de libros.

—¿Dónde vas?—pregunta en el paseo, en la calle, a la salida de la Normal, del obrador, una muchacha a la otra.

—A la... «bibli»...

Como se dice el «cine» en lugar del cinematógrafo, se dice en Valladolid la «bibli» en lugar de la biblioteca de la Casa de Cervantes. La sensación que me produjo este espectáculo, cuando tuve ocasión de presenciarlo, no podré olvidarla nunca. Está uno acostumbrado a que los medios intelectuales deformen la feminidad, convirtiendo en un ser empaquetado, petulante, insoportable, a través de sus gafas y de su... sabiduría (o seudosabiduría y... pedantería) lo que parecería mejor una muñequita rubia o una muñecaza morena. Las señoritas que acuden a la «bibli» de Valladolid hacen compatible la coquetería—razonable, que debe poseer una mujer, y más si es bonita, como todas ellas—con la afición a la lectura instructiva y grata.

Este Museo Romántico será, sin duda, un Centro de atracción espiritual tan sugestivo, por lo menos, como la Casa de Cervantes en Valladolid...

Oíd las palabras del espléndido donante, ese taumaturgo que se llama el marqués de la Vega-Inclán, que ha convertido lo que era un casón ruinoso en un palacio magnífico. Se ha propuesto «la formación de un Museo donde, sobre la base de obras fundamentalmente representativas, de libros y adecuado mobiliario de las épocas fernandinas del año 1808 al 33; de la Regencia de la Reina gobernadora doña María Cristina, y, en fin, de la isabelina hasta la guerra de Africa, constituya un fondo de estudio para aquellos que deseen más completo conocimiento de la primera mitad del siglo XIX y, en general, para la espiritual contemplación de tres momentos de grandes virtudes cívicas y militares en la sucesión histórica de la francesada, de la primera guerra civil y de la de Africa».

Bueno... Entremos en el Museo Romántico.

Alberto de SEGOVIA

BOSQUEJOS
HISTORICOS

Las Cortes de Cádiz

24 SEPTIEMBRE
DEL AÑO 1810

I

El Rey Carlos IV y su esposa María Luisa, en Roma; su hijo Fernando VII, en Valencey; la Junta Central, que les había sustituido después de una actuación poco afortunada, había elegido para gobernar a España una Regencia, compuesta del obispo de Orense, el ex ministro D. Francisco Saavedra, el general Castaños y los Sres. Escario y Lardizábal, que, atendiendo los clamores que llegaban de todas partes, se decidió, por fin, a convocar las deseadas Cortes.

Parecía que el destino de España fuera la lucha constante, ya que tras la militar vino la política, lucha del pasado con el presente y el porvenir.

Querían algunos retrógrados que las Cortes las formaran los antiguos *Brazos* (el noble, el eclesiástico y el plebeyo), que se eligieran dos Cámaras y que no se diese representación a las Américas, que tantos sacrificios habían hecho por la madre patria.

La mayoría de los consultados por la Regencia, altas Corporaciones y personas notables se opusieron, viéndose obligada, con gran disgusto de su presidente, el obispo de Orense, de ideas nada liberales, a convocarlas en esta forma:

«Para ser elector precisaba tener veinticinco años y estar vecindado, con casa abierta.

«Al elegible se le exigía lo mismo, y además haber nacido en la misma provincia.

«Debía verificarse la elección por el nombramiento de las Juntas de parroquia.

«Por la elección de la Junta de partido, y

«Por la de provincia, extrayendo de la urna, a la suerte, el nombre de uno de los tres candidatos que primero hubiese obtenido mayoría absoluta de votos.

«Se concedió, por una vez, que las ciudades de voto en Cortes enviasen un representante elegido por su Ayuntamiento.»

Esto concedido, no pudo negarse igual beneficio a las Juntas provinciales, a las que tanto debía... la causa nacional.

En la convocatoria decía la Regencia:

«Se convocan las Cortes para restablecer y mejorar la Constitución fundamental de la Monarquía.»

Los electores, más prácticos y liberales, autorizaron a sus diputados «para tratar libremente de cuanto se propusiera en las Cortes, sin que por falta de poderes dejase de hacer cosa alguna».

Como se ve, el país resultaba más liberal que la Regencia.

Por sus grandes servicios se concedió a las Américas la debida representación en esta forma:

«Los Ayuntamientos nombrarían tres personas, de las cuales la que designase la suerte iría a la capital de la provincia a elegir su representante.»

Habida en cuenta lo grave de la situación, se acordó que los su-

plentes de América y poblaciones ocupadas por el enemigo fuesen reemplazados por los naturales de ellas que se encontrasen en Cádiz, refugio general de los emigrados de la vieja y la nueva España.

Al fin, el día 17 de septiembre de 1810 comenzaron las elecciones, presididas por los miembros de la Cámara de Castilla y del Consejo de Indias, que recayeron, por lo general, en hombres nuevos, partidarios de las reformas.

Ningún diputado trajo menos de 100 votos, y los de Madrid pasaron de 4.000.

La mayoría de los nobles que se presentaron fueron derrotados.

Pretendió la Regencia que la Cámara de Castilla examinara los poderes de los diputados y hasta que se la concedieran algunos puestos.

¡Inútil candidades!

Los primeros diputados elegidos que llegaron a Cádiz, elevándose

notable historiador D. José Muñoz y Maldonado.

Para guarnecer la plaza y sus defensas, precipitadamente construidas, contaba Cádiz con la división Alburquerque, 5.000 ingleses, nuestros amigos y aliados, mandados por el general Graham, y 8.000 hombres de Milicias ciudadanas de Cádiz y la isla de León (San Fernando), que prestaron los más valiosos servicios.

Por mar teníamos la escuadra inglesa, de Purvis; la española, de Alava, y la división sutil del valeroso D. Cayetano Valdés.

El general D. Joaquín Blake tomó el mando del ejército defensor de la isla gaditana, marchando Alburquerque de embajador a Inglaterra.

La Regencia ordenó a los ejércitos españoles del centro y de la izquierda distraer las tropas del mariscal francés Víctor, encargadas de sitiar la isla; organizó va-

nas poblaciones, llevando la satisfacción en el pecho y la alegría en el rostro, se dirigían a la isla a presenciar la gran ceremonia.

Arcos de triunfo, adornados con banderas nacionales, se alzaban por todos los caminos.

En Cádiz y en la isla los balcones ostentaban sus más lujosas colgaduras.

Los marinos de Trafalgar, los soldados de Bailén, todos vestidos de gala.

Las Milicias de Cádiz y los Puertos lucían sus vistosos uniformes.

El camino de Cádiz a la isla se hallaba cuajado de gente.

El pueblo corría en tropel adonde una voz secreta le decía que iba a resolverse su suerte y su porvenir.

En los balcones, en las ventanas, en las azoteas, en las calles, encaramados en los árboles o subidos en las rejas, un inmenso gentío aguardaba alegre, al par que orgulloso, la hora de la solemnidad.

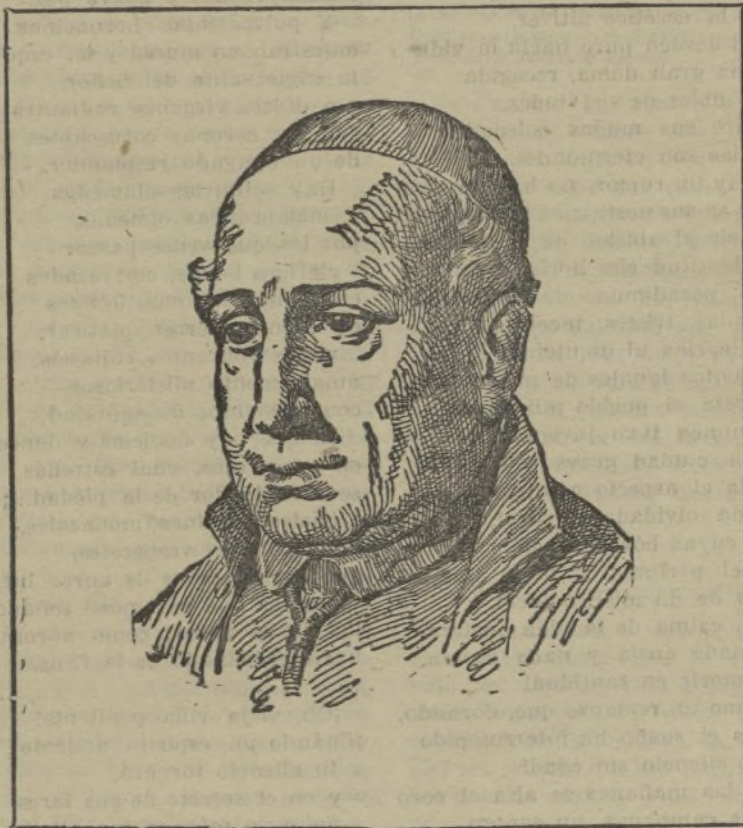
Por todas partes se oían gritos entusiastas repitiendo una sola voz:

«¡A las Cortes!»

El gran poeta D. Manuel José Quintana, testigo presencial, escribía:

«Cargado el pecho de los españoles con el rencor de tres siglos de usurpaciones, violencias, ignorancias, superstición y barbarie; ver despertar con el sacudimiento nacional un rayo de esperanza hacia el bien; acordarse de los ultrajes recibidos y de repente verse quitar de encima esta montaña; caer al suelo las puertas de hierro y saltar fieramente a respirar el aire, ver la luz y andar el campo de la libertad... ¡Ah! La sensación que ocupó nuestro ánimo en el momento de tan gran mudanza, los que no la han sentido, no sabrán imaginarla, y los que la sentimos, no la expresaremos jamás.»

La isla de León, donde iban a reunirse las Cortes, es una de las poblaciones más antigua de España: los fenicios la dieron el nombre de *Eriithia*; D. Alfonso el Sabio la arrancó del poder de los moros, y cada día aumentó su importancia y desarrollo. Plaza admirable, fortificada por la Naturaleza y el arte, no tiene más que una sola entrada por tierra que forma un arrecife de diez varas de ancho. Dista de Cádiz dos leguas y cuenta con más de 2.000 edificios, incluyendo el caserío de Osorio, el Arsenal de la Carraca, la población de San Carlos y multitud de huertas. Departamento de Marina, de primera clase; su célebre Observatorio astronómico, situado en el terreno más elevado de la isla gaditana, goza de una reputación universal. Confina por el Norte con la villa de Puerto Real; al Oeste, con Puerto Real y Chiclana; al Sur, con el Oceano, y al Este, con la bahía de Cádiz; y su mayor defensa estriba en los famosos caños de agua y sus salinas, que la circundan, pues una



DON DIEGO MUÑOZ TORRERO

a la altura de las circunstancias, lograron que la Regencia aprobase los poderes de seis de ellos, los cuales debían, a su vez, examinar los de sus colegas.

Apremiada la Regencia por los nuevos diputados, señaló la apertura de las Cortes para el día 24 de septiembre.

II

Al abrigo de las murallas de Cádiz y la isla de León, confiadas en el valor de sus hijos y amparadas por los cañones de los barcos ingleses y españoles, se abrieron las Cortes españolas en la isla de León (San Fernando) el día 24 de septiembre de 1810.

«La defensa de la isla de León y de Cádiz era cada día más gloriosa, no habiendo podido penetrar en ella los franceses.» Así dice el

notable historiador D. José Muñoz y Maldonado.

El glorioso alzamiento de España iba a tener su natural coronamiento, y al 2 de mayo debía contestar el 24 de septiembre. Si del primero salió la guerra al extranjero, del segundo debía salir nuestra transformación política y social.

Desde las primeras horas de aquel día tan deseado, notóse gran movimiento de gentes en Cádiz, Puerto Real y Chiclana hacia la isla de León (San Fernando), donde las Cortes debían reunirse, ese movimiento precursor de las grandes solemnidades.

Todos los vecinos de las cerca-

vez inundada, queda resguardada por un foso de una legua de largo por dos de ancho.

Los habitantes de la isla de León se mostraron patriotas en el más alto grado. Los dos batallones de Milicias que formaron prestaron grandes servicios, y todos los vecinos se ofrecieron a guardar las Cortes, servir los cañones y dar por la patria la hacienda y la vida.

En tanto que los españoles todos, desde El Ferrol a Cartagena y de Huelva a Figueras, se batían con el mayor heroísmo, la isla gaditana, orgullosa por la alta honra que recibía de albergar a las Cortes soberanas, juraba a sus hermanos que antes Cádiz sería borrada del número de las ciudades que los representantes de la nación corrieran el menor peligro o sufrieran el más pequeño ultraje.

Entremos a describir la ceremonia de la apertura de las Cortes y los más importantes sucesos de aquel día solemne.

Reunidos los diputados en las Casas Consistoriales de la isla de León, para donde habían sido convocados por el mismo orden con que había tenido lugar el reconocimiento de sus poderes, se presentó la Regencia y salieron todos, a las nueve y media de la mañana del día 24 de septiembre de 1810, para la iglesia, formados los diputados de dos en dos, y cerrando la procesión la Regencia, seguida del Cuerpo diplomático, secretarios del despacho, generales, marinos, consejeros y altos funcionarios.

Las tropas que cubrían la carrera les tributaron a su paso los honores correspondientes al Rey. El pueblo no cesó un momento de vitorear a sus representantes.

En la iglesia tomaron asiento los diputados en los bancos preparados al efecto; la Regencia, al lado del Evangelio, bajo dosel, con una mesa delante, teniendo a sus costados dos secretarios del despacho.

En tribunas, dispuestas de antemano, el Cuerpo diplomático, jefes militares y altos empleados civiles.

Dijo la misa del Espíritu Santo el cardenal de Borbón, y luego que se hubo cantado el Evangelio, el obispo de Orense, presidente de la Regencia, hizo una breve exhortación a los diputados y al pueblo, y acto seguido el secretario de Gracia y Justicia leyó la fórmula del juramento, que era como sigue, en medio del silencio más profundo:

«Juráis guardar la santa religión católica, apostólica y romana, sin admitir otra?»

«Juráis conservar en su integridad la nación española y no omitir medio alguno para libertarla de sus injustos opresores?»

«Juráis conservar a nuestro amado Soberano Fernando VII todos sus dominios y hacer cuantos esfuerzos sean posibles para sacarlo de su cautiverio de Valencia?»

«Juráis guardar las leyes de España, sin perjuicio de alterar aquellas que exija el bien de la nación?»

Todos a una voz contestaron:

—Sí, juramos.

—Si así lo hiciéreis, Dios os lo premie, y si no, os lo demande.

Acercándose de dos en dos a la mesa presidencial, se arrodillaron y juraron sobre el libro de los Santos Evangelios.

Cantado el himno del *Espíritu Santo* y el *Tedéum*, se dirigieron los diputados al salón de las Cortes, destinado para ello el espacioso teatro de la isla; convertidos los palcos en galerías; el primer piso, a la derecha, preparado para el Cuerpo diplomático, y la izquierda para las señoras y personas de distinción, y los pisos altos para el público. En el patio se colocaron los bancos para los diputados, los cuales pronunciaban sus discursos en dos tribunas colocadas al efecto, estableciéndose luego la costumbre de hablar en pie desde sus asientos.

La Regencia se colocó en el trono levantado en el testero; delante, en una mesa inmediata, los secretarios del despacho; los diputados, en bancos, a derecha e izquierda.

Su presidente, el obispo de Orense, pronunció un discurso sobre el estado de la nación al encargarse de la Regencia y el que tenía en la actualidad; declaró instaladas las Cortes; dejó sobre la mesa una *Memoria*, que era la dimisión de la Regencia, y se retiró con sus compañeros.

Todos los historiadores censuran el abandono en que la Regencia dejó a las Cortes.

El gran orador D. Agustín Argüelles escribió:

«No es posible expresar la situación de los diputados abandonados, sin reglamento, sin práctica de hablar en público.»

Los diputados, sin desconcertarse, eligieron presidente de edad al diputado más anciano, D. Benito Ramón de Hermida, que lo era por Galicia.

Inmediatamente nombraron la Mesa definitiva, eligiendo presidente, por 50 votos, al diputado catalán D. Ramón Lázaro Dou; vicepresidente a D. Ramón Power, que lo era por Puerto Rico, y secretarios a D. Evaristo Pérez de Castro y D. Manuel Luján, diputados por Valladolid y Badajoz, acordando renovar mensualmente el presidente y secretario más antiguo, aumentando a cuatro los secretarios.

También acordaron que el título de las Cortes fuera el de *Majestad*, y *Alteza* el del Poder ejecutivo y el de los Tribunales.

Nombraron la Comisión de actas, compuesta de seis diputados, tres de los nombrados por la Regencia y tres nuevos.

Y respecto de la *Memoria* o dimisión de los regentes, las Cortes declararon «quedar enteradas».

Pero resuelto lo que dejamos copiado, ¿qué iban a hacer las Cortes?

Pronto se vió levantarse en este momento, que podríamos llamar decisivo para la salud de la patria, a un insigne varón, al catedrático y rector de la Universidad de Salamanca, el venerable sacerdote D. Diego Muñoz Torrero, quien, en un erudito discurso, oído con religioso silencio, trazó la triste situación de España y la

necesidad de su regeneración, presentando una serie de proposiciones que, leídas por su amigo el secretario Sr. Luján, fueron aprobadas, después de una tranquila y elevada discusión, entre los aplausos del público.

«Por ellas se afirmaba que la soberanía nacional reside en la nación.

Se declaraba nula la cesión de la Corona de España a Napoleón.

Se recavaba para las Cortes el ejercicio del Poder legislativo.

Se consignaba que las personas en quien las Cortes lo delegasen quedaban responsables de su conducta, habilitándose para ejercerlo a la pasada Regencia hasta que las Cortes eligieran el Gobierno que más conviniera, debiendo la Regencia reconocer la soberanía nacional y jurar las leyes y decretos de las Cortes.

Confirmaban en sus puestos a todos los Tribunales y justicias, militares y civiles, establecidos.

Y, por último, declaraba inviolables a los diputados.»

¿Quién era este ilustre diputado?

Don Diego Muñoz Torrero y Ramírez había nacido el 21 de enero en Cabeza de Buey (Extremadura); a los siete años comenzó a estudiar latín con su padre, don Diego, que era profesor; a los doce se matriculó en Salamanca en los estudios mayores; se hizo clérigo; a los veintitrés fué catedrático de Filosofía, y a los veintisiete, rector de la famosa Universidad de Salamanca. En 1787 le encargó el Rey Carlos III un plan de estudios, que fué muy elogiado. En 1807 fué nombrado chantre de Villafranca, y al ocurrir la invasión francesa, corrió a Extremadura, levantó los ánimos, allegó grandes recursos para la lucha y fué un modelo de patriotas.

De él escribió otro diputado, el conde de Toreno:

«Era Muñoz Torrero varón doctísimo, muy puro en sus costumbres y apoyó sus proposiciones en muchos y luminosos autores, en antiguas leyes y en la situación actual del reino.»

Pero las horas pasaban; había llegado la noche y nada se sabía.

El aspecto del salón era imponente y la situación difícilísima.

Decían sus amigos que la Regencia no juraría, cuando a las once de la noche se presentó a jurar, menos el obispo de Orense, «que se excusó por motivos de salud».

Una Comisión de diez diputados salió a recibir, y luego a despedir, a los regentes.

A esta importantísima sesión, que duró tres horas, asistieron 107 diputados, 59 en propiedad y 48 suplentes.

III

El día 26 ofició el obispo de Orense a las Cortes dimitiendo el cargo de regente y de diputado por Galicia por no prestar el juramento exigido.

Al siguiente día contestaron las Cortes admitiendo sus renunciaciones otorgándole el permiso que deseaba.

Pero como el obispo lo que pretendía era hacerse visible, dirigió a las Cortes, el 3 de octubre, una violenta representación contra la

declaración de la soberanía nacional y contra la legitimidad de las Cortes por él instaladas (1).

Las Cortes encargaron a la Regencia que no dejara salir de Cádiz al obispo; pasaron su exposición a la Comisión de Justicia, —que como las de Hacienda y Guerra se nombraron aquel día—, y ésta resolvió el día 9 que el obispo prestase el juramento decretado.

El diputado por Valencia don Joaquín Lorenzo Villanueva, canónigo de la catedral de Cuenca, opinó que el obispo fuera recluido en un monasterio.

Las Cortes, firmes en su derecho, acordaron que la Regencia nombrase una Comisión de nueve individuos, encargada de formar causa al rebelde obispo. Al saberlo el prelado, participó estar dispuesto a jurar lo decretado por las Cortes.

La negativa del obispo a reconocer el dogma de la soberanía nacional nos parece inexplicable, y para ello vamos a copiar las opiniones de dos eminentes sacerdotes.

El padre Juan Márquez, catedrático de la Universidad de Salamanca y predicador del Rey Felipe III, tan famoso por su elocuencia como por sus escritos, decía:

«El Cuerpo social en quien reside originaria y esencialmente el supremo poderío y la soberana autoridad, no pudiendo desplegarla ni gobernar por sí mismo, confirió el ejercicio de ella a un número de personas escogidas o a una sola.»

«Los españoles quisieron templar su suprema autoridad con la de las Cortes, las cuales muestran al Príncipe la extensión y los límites de su poder con la manera y forma de ejecutarlo.»

Oigamos al padre Mariana:

«No hay cosa más deleznable que la gracia de los Reyes, ni más frágil que su privanza.»

«La autoridad de la nación está sobre la de los Reyes. Podrá el Rey hacer por sí la guerra, administrar justicia, elegir jefes y magistrados; pero no derogar ni corregir leyes hechas en Cortes. A esas leyes está adherido como los demás hombres, y si por acaso las quebranta y se convierte en tirano, merece que se le prive del Trono y aun de la vida.»

El gran historiador Ortiz de la Vega escribió:

«Si una nación, abandonada de sus jefes, traspasada a los extraños como un rebaño, no tiene derecho para manifestar su libertad y constituirse independiente, menester es borrar de la Historia la voz de la patria.»

Palafox, en su proclama de 31 de marzo de 1808, reivindicaba para las antiguas Cortes de Aragón, en las cuales residía la soberanía, el derecho de elegir Rey.

La Junta Suprema del Principado de Cataluña, reunida en Lérida en el mes de agosto, declaró en su primera sesión que la pertenecían todos los negocios propios de la soberanía.

E. RODRIGUEZ SOLIS

Flor de María

PEPITO, Julín, Marita, Lucita...
¿Habéis oído hablar de Iracundia, la ciudad que desconocía el bien?...

Pues escuchad, amados niños..., escuchad el eco de la voz legendaria.

Iracundia era un país fecundo en riqueza, fértil en sabiduría y soberbia, ignorante en absoluto de la bondad, insensible a la piedad, sordo al dolor.

De su rey, Iracundo I, al último pajecillo, incluyendo a Abdominal, el cbeso primer ministro, y Florisel, el príncipe heredero, todos eran dignísimos reflejos del nombre que el país ostentaba en lo más elevado de sus murallas con oropélicas letras.

La historia dice que en el instante que penetramos en ella, la ciudad arde en regocijo, luminosa cual ascua de fogarada fantástica.

Es la víspera de la boda de Florisel, el arrogante y soberbio príncipe, con Flor de María, la princesita más encantadora de las conocidas.

Declina el día, y camino de Iracundia avanza la regia comitiva que conduce a la futura desposada y a su noble padre, el celeberrimo Flaquín III, delgado como una cerilla e inofensivo como una mariposa.

Dentro de la carroza imperial el benigno monarca dormita, y llora silenciosamente Flor de María.

Un soldado se aproxima al vehículo majestuoso y llama respetuosísimo al rey.

—¿Señor!—le dice—. Si vuestra majestad se digna dispensarlo, habremos de esperar aquí el alba, pues las cabalgaduras están rendidas e Iracundia no se vislumbra aún.

El monarca se negó a dispensar.

—¡Bien!—repuso—. Acampemos aquí hasta la vuelta del día.

Fueron levantadas las tiendas de campaña.

Media noche.

Descansa el ejército...

Flaquín, el bondadoso, ronca raramente, y la deliciosa princesita, sobre su espontáneo lecho, suspira indolente.

La dama que la acompaña acaricia afectuosa la seda de su cabellera que, contra la costumbre en estos cuentos, es negra como el azabache.

—¿Qué tenéis, princesita linda? ¡Qué afligida estás!...

—Nada me ocurre, mi buena Silvia; acostaos vos... Yo dormiré... cuando el sueño quiera acudir...

—Como queráis, alteza—dice la acompañante, y se retira al contiguo departamento.

Flor de María se levanta y se aproxima a la puerta.

¡Oh, Dios poderoso! Cuando nazca otra aurora habrá ella de unir su vida a la de Florisel, el príncipe tan encantador como insensible.

Tendrá que desenvolverse en una corte altiva, donde la piedad



huelga y el sentimiento no halla eco.

La bella y triste princesita siente imperioso el deseo de desahogar su llanto; pero se reprime para que el centinela de guardia no sorprenda su dolor.

Quiso salir, y el soldado la interpelló:

—Permitid, alteza. ¿Dónde vais a tales horas?...

—No tengo cansancio alguno, y aprovechando el sueño de mi padre, voy a coger guijarros a la orilla del río que ante nosotros susurra.

Aún insistió él:

—Bien, alteza; pero si vuestro padre, mi señor, despertase, se enojaría vivamente contra su egregia costumbre.

Dulce, la princesa rogó:

—Dejadme ir sola, capitán; mi ausencia será breve, os lo prometo.

Marchó la niña hacia el caudaloso piélago que bañaba aquellas llanuras y desbordó sobre su margen la pena que la embargaba.

No bien acababa de acercarse, cuando percibió, asombrada, una voz de modulaciones delicadas cual entre chocar de perlas que emergía de su fondo azul verdoso, y decía: «¡Calma tu dolor, hermosa princesita!... ¡Seca tus ojos y escucha mi voz de salvación para tu dicha! Dentro de un segundo aparecerá ante tus retinas un vestido mugriento; vístelo sin repugnancia alguna, y ve a Iracundia antes que tu fuga sea descubierta. Un solo consejo he de darte, que si ansías ser dichosa, sufras paciente y sonrías ante la crueldad.»

Calló la voz, y Flor de María pudo comprobar el verismo absoluto del misterio al divisar, a flor de agua, unos trapos nauseabundos.

Se los puso sobre las aristocráticas galas, obedeciendo a la confianza instintiva que aquel eco fantástico inculcara en su corazón.

Se contempló en la superficie del río retratada

¡Oh, sorpresa!

La encantadora Flor de María había desaparecido, encarnando en lugar suyo una criatura deformada y horrible, de rostro repulsivo y ademanes zafios, de manos enormes y cabellera crespa.

Pero el asombro no la hizo vacilar.

En Iracundia había estallado el cráter mal contenido del volcán en soberbia, característico en sus habitantes.

La princesa Flor de María, prometida del príncipe heredero, había desaparecido, sin dejar rastro de sí.

Iracundo I, blasfema; Florisel, maldice; Flaquín III se pasea tremente y llora (único modo de demostrar su carácter), y el pueblo desfoga sus iras contra una infeliz criatura que, coincidiendo con la desaparición de la linajuda joven, ha surgido en la ciudad.

Todos la vituperan y culpan del rapto de la bellísima y real doncella.

La plebe la rodea e inquiere de ella:

—¿De qué antro saliste, maldita?...

Y ella, bondadosa:

—Yo no estoy maldita.

Ellos:

—¿A qué viniste, jibosa terrible?...

Y ella, siempre dulce:

—Mendigo la caridad, hermanos...

—¡Nos ha llamado hermanos—dice uno—. ¡Castigadla!...

Y la multitud fanática la maltrata con ardorosa injusticia.

Lacrimosa, en una quejumbre suprema, gime la castigada:

—¡Dejadme, por caridad! ¡Qué mal os hice para que así me tratéis?...

El pueblo, insaciable de ira, la abofetea y torna a interrogar:

—¿Qué hiciste de la princesita Flor de María?...

—No comprendo de qué me acusáis, ni sé de esa princesa vuestra.

De nuevo, la muchedumbre apalea a la desventurada mendiga.

En vano ella clama compasión; los seres insensibles no escuchan, no perdonan la culpa, sea o no patente.

La jorobada fué conducida ante Iracundo I, el cual, previo consejo con el opulento Abdominal, la condenó a morir traspasada por dardos.

El fallo fué único, inexorable.

La dolorida fué amarrada a un árbol, y, presidido por Iracundo rey y Florisel príncipe, dió comienzo el martirologio, al que asistió Iracundia entera.

Los dardos fueron penetrando en la carne de aquel ser indefenso, hendiéndola, lacerándola...

Ella ya no hablaba.

Caían las sartas perladas de sus ojos enrojecidos, hasta el suelo cubierto de césped..., y fueron formando un lago inmenso, ¡tan ingentel, que aquellas aguas amargas, tibias y santas..., desbordáronse, arrollando a la muchedumbre estéril, y se introdujo por la boca de cada uno de ellos.

Instantáneamente sintieron dentro de sí algo desconocido.

Contemplaron a la sacrificada con los ojos burbujeantes, acuosos.

Florisel acercóse a la traspasada, que yacía esangüe en tierra..., y comprendiendo, al fin, fué arrancando los dardos crueles del cuerpo caído, al tiempo que, conmovidísimo...

—¡Perdón..., perdón!—murmuraba.

Desprendió el último..., y un grito estupefaciente emergió de todos los pechos...

La figura idealizada y gracil de Flor de María resurgió ante ellos.

Se arrojó a sus pies el enamorado Florisel.

—¡Levantaos, príncipe—dijo ella—. Habéis precisado contemplar un espectáculo espantoso y beber las aguas del dolor para que vuestros sentimientos dormidos despertasen.

Pero logré redimir a vuestro pueblo de la pasión deleznable de la ira; ya vuestro corazón sabe sentir al mío; tomad mi mano de esposa, amado Florisel...

El país de Iracundia fué desde entonces confirmado con el nombre de Convirtian (que significa convertido).

Flor de María y Florisel fueron unidos indisolublemente, y se afirma que fueron dichosos... Y termina la voz de la leyenda: «En el palacio real de Convirtian, y dentro de una urna se guardan los que un día fueron viscosos trapajos de la jibosita y luego se transformaron en precioso «bouquet» de rosas blancas que el tiempo no conseguirá marchitar.»

En cada una de ellas, y escrito con brillantes, se lee: «El hada Bondad, a Flor de María, la bondad misma...»

Luisa CARRES CABALLERO

PORQUE NO HAYA UNA MAS

NOVELA CORTA, original de J. AGUILAR CATENA

ANTERO Rózpide, que solía oírnos distraído y que jamás aventuraba una opinión, aquella tarde se mostraba inquieto e impugnador de cuanto se decía. Pepe Andújar, ante la contumacia de sus observaciones, no pudo contenerse y le gritó:

—Hoy te han dado de comer espíritu de contradicción.

—No hace falta comerlo. Ni beberlo. Tú crees que yo contradigo por capricho, por vanidad o por deseo de producir molestia. Te equivocas. La contradicción va siempre dentro de nosotros, de todos, y surge, para nuestro mal o para nuestro bien, cuando menos lo esperamos, contra nuestra propia voluntad en ocasiones. Eso por naturaleza, que por identificación, por acoplamiento, por adhesión a las conveniencias, a las circunstancias, o simplemente al medio en que se vive, no digamos. Yo he conocido famosos casos, famosísimos. Un pobre amigo mío se pereció siempre por el café negro y espeso. Era su manía, su locura, su obsesión. La mayor fineza que se podía tener con él era obsequiarle con una taza humeante y reconcentrada, sólidamente reconcentrada. Bebía el líquido y apuraba con delectación los posos y el azúcar. Cuantos le conocíamos estábamos seguros que antes perdería la vida que la afición. ¡Sí, sí! Un buen día lo llevé a casa a comer. Después de la comida lo obsequié con lo que creí que más podría complacerle. Apartó ligeramente la taza, buscó una copa y mezcló el café con agua.

—Así, claro, está mejor — me dijo.

Lo miré con asombro. Cuando me dió la explicación, comprendí que era perfectamente lógico y que no había motivo para la sorpresa. Se había casado. En los primeros días, la mujer insinuó que el café claro estaba mejor. En los siguientes, en vez de insinuarlo, lo afirmó rotundamente; en los posteriores, en lugar de afirmar, lo hizo como a ella le gustaba y apetecía. Mi amigo cedió. A disgusto, contrariado, por evitar desavenencias conyugales, se avino a la insoporrible tutela. Se indemnizaba luego tomándolo fuera de casa, a su capricho. Hasta que llegó un día en que le pareció que por una discrepancia tan pequeña de criterio no valía la pena de salir al «tupi» más cercano y gastar una cantidad innecesaria. En el transcurso de los años su criterio se había hecho uno con el de su mujer. Y se extrañaba de que alguien le recordase su propia personalidad advirtiéndole contradicciones con la aparente. Su repugnancia por el antiguo gusto era sincera. No me negos verdad que si le hubiese hecho daño y lo tomase desde entonces en aborrecimiento. ¡Ah! Yo tengo para mí, que muchos grandes hombres no tienen otra virtud que la de la captación arbitraria,

capaz de permutar en quien la sufre un gusto, y aun más, de suplir una idealidad. Tan sin explicación como en el caso de mi amigo. Tan sin explicación normal, porque no me negaréis que la tiene, y amplia y específica.

Y no es un caso. Hay muchos como ese. Yo no necesitaba acudir a testimonios ajenos. ¿Es que no estoy yo aquí como demostración palmaria del aserto?

La vida jugó siempre conmigo a las cuatro esquinas. Cuando quise ponerme en una, estaba ocupada.

lante de mí o hizo una pirueta a mis espaldas. Nunca se mostró propicio a caminar a mi lado. Aun en los momentos anodinos en que las figuras eminentes no desdennan la charla con los plebeyos.

¡Bah! No me quejo. Soy un convencido de que el Divino Autor ha repartido los papeles y que no cabe apelación contra su justicia distributiva. Ciertamente es que me ha tocado un embolado; pero ¿qué? Sin mí no habría comedia; la acción secundaria en que yo entrono no sería posible. Mi misión con-

terior concepto de mí mismo. Un chiste de Arniches me ha parecido algo de más importancia que una ecuación. Una crónica de Pérez de Ayala la he estimado de mayor solidez y perennidad que cualquiera de los sillares del acueducto. Podría citar uno por uno los escritores que han afirmado alguna vez que no es cosa fácil. Y hasta me sé trozos completos de los que no han firmado. Y de los que firmando, no han escrito.

Esta locura me entró de muy joven, leyendo los folletines de *La Correspondencia de España*. Había uno en que se hablaba de un tal Bibi-Tapin, tambor de la treinta y dos media brigada, que creo puede codearse con lo mejor de su clase. Tendría yo nueve años cuando me entregué a su lectura. Desde entonces no he podido sustraerme a la atracción de la letra de molde, ya filosófica, ya recreativa, sin más excepción que la científica.

Yo leo por la calle cuando voy a algún sitio y cuando vuelvo, y he adquirido un sentido más, anejo a la vista o al olfato, para no tropezar con los viandantes y para que no me atropellen los vehículos. En la plataforma del tranvía yo soy el señor que siempre lleva desplegado el periódico. Como mi misión es una misión providencial, las gentes, lejos de enfadarse conmigo, se ponen a leer por encima de mi hombro. Tengo que dejar de leer para dormirme, y me despierto pensando en que he de leer. Mientras como, mi espíritu ingiere ideas y más ideas. En el ascensor me he asimilado yo los pensamientos más breves y profundos de La Rochefoucauld, que, por cierto, hay quien dice que no son de La Rochefoucauld. Por eso tienen en mí un defensor tan entusiasta los ascensores de agua frente a los eléctricos. Yo creo que fomentan más la ilustración.

Lo que no lee nadie es un manjar para mí. Algunos escritores conocidos tienen en mí su único lector, y algunos desconocidos, su panegirista. Las hojillas del almañaque me han enseñado cosas admirables. Ya que hablo de ellas, no quiero dejar pasar la ocasión sin mi protesta del hecho de que ahora casi todas vengan en blanco por la espalda, con olvido de su altísima misión divulgadora. Los cantares, además de conservar nuestro tesoro de poesía popular, han hecho felices a muchas generaciones, y, sobre todo, en las cocinas han provisto de letra para las más extrañas músicas, logrando la dicha de las criadas antes de que viniese esta moda absurda de las canciones. Eran más delicados, menos nocivos y se mantenían en un plan elevado de arte. Sus charadas nos han hecho pensar con ilusión en el día de mañana, aunque no fuera más que por encontrar la solución. Sus máximas han sido el único acopio



Cuando intenté retroceder y tornar a mi puesto, no estaba ya vacío. Así he pasado semanas y meses enteros, quedándome siempre, como se dice en el juego infantil. A mi vista, las plazas han cambiado de propietario; los propietarios, de nombre; los nombres, de valor. Cuando he querido entrar en el engranaje de la prosperidad, alternativamente he sido, o despedido o triturado. El éxito cantó de-

siste en hacer todas las cosas a contrapelo. Unas veces provocho las risas; otras, las tempestades del encono. Desde pequeño he tenido a mi cargo papeles de barba.

A mí me apasionaron siempre las letras, desde las más ligeras a las más abstrusas. La más estólida estupidez impresa me emocionaba; no digamos los frutos del genio o del ingenio. Después de leer a Kant, siempre he tenido un su-

filosófico de muchos socios de los Casinos. Todo eso nos lo han quitado. ¿Por qué? ¿A título de qué? Una fecha que por la espalda no nos dice nada es como si no hubiese existido. Tengo la convicción de que soy, por lo menos, dos años más joven de lo que me atribuyen y consta en mi cédula por los días en blanco que me cuentan como efectivos. Los anuncios, todos los anuncios, los de los periódicos, los de las vallas, los de los vehículos y establecimientos, los de los balcones y puertas, me atraen igualmente. Y los escaparates que tienen algo escrito además de los precios. Las librerías son mi predilección. Los libreros deberían subvencionarme, porque yo soy siempre el curioso que estimula a los demás, el que da el ejemplo, el que primero se acerca siempre a sus novedades y el último que se retira. Yo sería feliz si los escaparates de las librerías fuesen más grandes y tuviesen más libros. ¡Luego se quejan de que venden poco! ¡Señor, si no se ven!

Esta obsesión mía me ha producido incidentes sin cuento, que claro es que estaban a mi cargo desde mi nacimiento cuando han tenido realidad.

Hubiese labrado mi dicha el servir en una editorial con el más modesto de los empleos. Tengo para mí que hubiera descollado inevitablemente entre el montón de las gentes que miran el libro sin curiosidad ni devoción. Mi padre me colocó en el escritorio de una tienda de tejidos. Mi misión consistía en sumar, sumar, sumar siempre. Mi más encarnizado enemigo difícilmente imaginara un suplicio mayor. Dios se apiadó de mí, y llegué a tal perfeccionamiento en mi tarea que sumaba por grupos enteros de cifras, arrastrando al mismo tiempo las unidades, las decenas, las centenas, los millares y los millones. Produje el pasmo entre mis compañeros, y según me dijeron, se pensó en ascenderme. Desdichadamente, llegué a tal superación de mis facultades, que logré sumar lo que no existía, lo que nunca había podido existir. En vez de recompensarme, me despidieron. Y me quedé como si me hubieran dado la china, esperando una esquina vacante.

Mi padre me colocó de nuevo, y esta vez en un Banco. Mi numeración, según decían todos, era magnífica. Clara y firme, igual y segura. Su uniformidad la daba carácter de imprenta, y hacía bien a la vista y era grato operar con ella. Y volví a sumar. Pero, escarmentado, no quise dar pruebas de mi habilidad y realicé mi labor anodina y vulgarmente. Para que se juzgue de la equidad, añadiré que a los cuatro meses me dieron el cese, porque, según mis jefes, no realizaba mi trabajo con suficiente celeridad.

Y así fué siempre. Toda mi vida transecurrió en sitios en que no se concebía la existencia sin la contabilidad. Y toda la vida la contabilidad fué mi odio más encarnizado, mi más feroz antipatía.

En una ocasión, y a ello iba después de año y medio de cesantía, me vi colocado en la Casa Forning Trading Company Limited, en su

sección de contabilidad, por supuesto. Tenía su domicilio la citada entidad en el piso segundo—era tercero—de una casa de la calle de Alcalá. En el tercero—que era cuarto—, la Fraird Mining Iron Ore tenía su despacho. El personal de la Forning era inglés, en su mayoría. El de la Fraird, español, en casi su totalidad. Como las horas de entrada y salida eran las mismas, nos encontrábamos frecuentemente en el ascensor o en las escaleras, y se llegaba fácilmente al saludo, a la relación y a la amistad. Se llegaba. Yo, no. En la oficina me sentía extranjero, y en el tránsito me extrañaba yo con mis lecturas. Así llegué a alcanzar una fama de independiente, arisco y estudioso, que me valió la consideración de mis superiores, por estimar muy inglesas mis virtudes, y la animadversión de mis compañeros y vecinos.

Entre todos los rencores desperdigados, inadvertidamente hubo uno, tan transcendental para mí, que decidí por completo de mi vida.

En la Forning Trading Company Limited no había personal femenino; si en la Fraird Mining Iron Ore. Corrientemente ocurría que llegábamos al pie del ascensor un empleado de la Forning y otro de la Fraird. Habitual también que fuese un empleado y una empleada. Fatal, que al mismo tiempo que yo, de seis días laborales, cinco entrase un señor alto, hercúleo, canoso y poco agradable, y con él una muchachita, su hija, al parecer, rubia, linda, gentilísima, con una elegancia sencilla y modesta, y una humildad, un candor, una alegría sobre la cara, que hubiesen hecho olvidarse de todo a cualquiera, e incluso a mí, de no dar la coincidencia de llevar en las manos *El Imparcial* y no consentírseme su lectura en la oficina.

Acaecía, pues, que el señor me gruñía, como me los hubiese tirado, los «buenos días», y ocupaba el asiento. La señorita se limitaba a sonreír, poniéndose a su lado, y yo, junto a la puerta, después de contestar distraídamente «Muy buenos», seguía mi lectura. Así en una mañana y otra, sin incidencia ni variación.

Creí observar que de día en día el gruñido del padre se hacía más enérgico y despectivo, y que la sonrisa de la hija se esfumaba gradualmente hasta desaparecer por completo. Yo seguía diciendo «muy buenos» y leyendo. Después de todo, si ellos tenían sus contrariedades particulares, ¿a mí, qué?

Pero ocurrió una mañana que en el punto que llegábamos al entresuelo, yo terminé con el último de los «Anuncios breves» y doblé el periódico. Inmediatamente, como si no esperasen otra cosa, el padre y la señorita me ofrecieron otros diarios. Al mismo tiempo el señor me dijo contundente:

—Lea, lea. Será una lástima que se prive, por nosotros, de tan noble satisfacción.

Confieso que me quedé aturdído. ¿Era una lección de cortesía que pretendía dárseme? Creí que había elementos bastantes de juicio para suponerlo así. Porque además de los hechos y las pala-

bras cargadas de ironía, estaban las caras elocuentísimas, como de quien indignamente amonesta, y los periódicos tendidos a mí, que por una timidez, mal entendida sin disputa, no llegué a coger, y lo deploré luego, porque seguramente en sus páginas habría cosas muy interesantes. No creo que hubiese habido en ello alguna incorrección, puesto que se me ofrecían, y hasta con pretensiones autoritarias. Desgraciadamente, una falsa idea de mi dignidad me hizo replicar puntilloso:

—No imaginé siquiera que se molestaran por mi costumbre; pero en vista de su actitud, les ruego que me perdonen y les prometo que no lo haré más.

Una explicación de esta índole, y más tan espontánea como la mía, me pareció siempre caballerosa. Para mí que no la comprendieron ni supieron darla su justo valor, puesto que el señor, despectivamente, más despectivamente, me formuló:

—Si es al contrario, caballero, ¡absolutamente al contrario! No nos molesta, ¡ni muchísimo menos!

Así, como negándome hasta la facultad de poder molestar. Afortunadamente, el ascensor, que era eléctrico—yo voto por los ascensores eléctricos cuando se trata de la paz de los hombres—, llegó al segundo, que era tercero, y yo abrí las puertas y me despedí.

—Está bien, señor.

Y cuando ya seguía en la ascensión:

—Y estaría mejor con un poco más de urbanidad.

¡A mí con lecciones!

Ni me replicó. O no me oyó o mi actitud le sugirió prudencia. Al siguiente día, para darle una medida de mi generosidad, no lef. El, escarmentado, sin duda, me dió los «buenos días», clara y perceptiblemente, no como quien los tira, sino como quien los entrega, llevándose al mismo tiempo la mano al sombrero. En cuanto a la señorita, en vez de sonreír, articuló el saludo. Me sentí halagado, esta es la verdad, pues si yo no hubiese tenido carácter el día anterior, seguramente no fueran estos los resultados.

Desde entonces todos los días, al llegar a la puerta de la oficina, me impuse el sacrificio de doblar el periódico y guardarlo. En las primeras mañanas que tal hice, mi orgullo me compensaba de mi dolor. Pero en las siguientes, mi modestia reapareció, y mi sacrificio me pareció insufrible. La estulticia del señor y la superficialidad de la señorita me indignaban. Obligarme a subir, por cortesía, encerrado con ellos en un metro cuadrado de terreno, mirando al suelo y perdiendo lastimosamente treinta segundos, más de los necesarios para aprender una máxima de felicidad, me irritaba. Si nos mirábamos en silencio, la situación era violenta y enojosísima. Si dejábamos de mirarnos, el espíritu no adquiría con ello más libertad. Actuaba sobre nosotros, coaccionándonos, la brevedad del espacio en que nos debatíamos. Y así se incubó mi rencor, un rencor capaz de llevar a persona menos ecuánime al crimen o al suicidio.

Yo tenía mi solución en la mano. Ciertamente. Con haber subido antes o después o prescindir del ascensor, el problema no existía. Pero es que si se aceptasen de pleno agrado, sin humillación y sin considerarlas depresivas e indignas estas sencillas soluciones, la Humanidad tendría muy pocos lances entre caballeros. ¡No; ceder, no! Guzmán el Bueno hubiese entregado antes Tarifa que yo mi parte de ascensor, precisamente en su compañía.

El señor decía, como siempre, sus «buenos días». Por molestarme más, sin duda, a modo de trágala, los suavizaba a cada mañana con empalago. La señorita tornó a su sonrisa afable, que me pareció de hiena por lo irónica. Y fui yo el del gruñido, cada vez más ininteligible, más despectivo y más colérico.

Observé, y me molestó que, lejos de enfadarse con mi actitud ni con mi gesto, parecían complacerse y divertirse. Como estimaba que no debía tolerarlo, me dispuse a una ruptura franca y violenta. Así como así, esta era la mejor solución. La única liberadora. Con un señor con el que se ha refido no hay por qué guardar consideraciones. Un puñetazo se metía antojaba la mínima y deleznable cuota que exigía mi felicidad. Además, la fuerza aparente del señor sospeché, por un estudio psicológico, que se encontraba neutralizada con exceso por su poquedad de ánimo. Después de un largo debate, en que las voces de mi corrección y las de mi desseo expusieron todas las razones ponderables, me decidí a la batalla.

La mañana en que iba dispuesto a la lucha, el ascensor no funcionó. Así son las cosas de la vida. Una fina lluvia que casi no moja ha decidido muchos encuentros históricos.

Como llegamos al mismo tiempo, subimos juntos las escaleras, mis enemigos y yo. Me alegré. Porque, en fin, no pude menos de considerar que un golpe se recibía mejor a pie firme que sobre terreno movedizo de un ascensor. Para que se viera que yo distinguía y sabía guardar a las mujeres las consideraciones debidas, dejé a la señorita el sitio de la bandeja, y dibujé en el aire, con dirección al padre, un *uppercut*.

En aquel momento un instinto de conservación debió hablar en él. Sacó precipitadamente la petaca y me ofreció un pitillo.

Lo rechacé dignamente, sonriéndome con lástima. Sin duda poseído por el pánico, me preguntó:

—¿Prefiere un caramelo?

Me dió pena su abatimiento. La humildad me desarma siempre. Debo confesar, además, que a los caramelos me enloquecen.

—Si es de menta—le repliqué—lo tomaré, por no desairarle.

Empavorecido y fingiéndose soñoliento, sacó unos cuantos del bolsillo y fué leyendo en sus envolturas:

—Vainilla, fresa, frambuesa, café...

Nos paramos en el descansillo. Yo, cediendo a mi manía, al fin encontraba algo que leer; me apoderé.

ma... de los caramelos y se los fui
an...devolviendo, una vez devorados
los rótulos.

—No tengo de menta—me dijo
decompungido.

El miedo le inspiró una idea lu-
e in...minosa.

—Mira entre los tuyos, Amalia.
Amalia, que iba delante de nos-
otros, retrocedió y abrió su bolso.
Sumergí en él mis manos y torné
e ya leer:

—Frambuesa, fresa, café, plá-
ano, rosa, piña, vainilla...

—¿Ninguno de menta?—pregun-
el padre, desolado.

—Ninguno—afirmé con una li-
ra decepción.

La señorita entonces rió sonora-
mente. Abrió otro departamento
a. Y el bolso y me enseñó ocho o diez
vez caramelos, todos de los preferi-
tivos.

—Es que a mí son también los
le que más me gustan. No era cosa
titud de que los encontrase sin esfuer-
apla...zo. La dicha siempre debe costar
timé algún trabajo.

Este concepto mesiánico me pro-
ble...dujo impresión. Tomé dos cara-
me...melos, fijé la frase en la memoria
loray, como llegábamos a la Forning,
me despedí con un apretón de
con...manos y unas palabras de grati-
tud. Por cortesía me detuve en la
able...escalera hasta que los sentí en-
dad...rar en la Fraird.

Con cierta clase de gentes no
del...puede ser generoso. Me espe-
raron a la salida, disimulando
su...me esperaban.

—¿Hacia dónde camina usted?—
me preguntó el padre, indiscreta-
mente.

—Hacia Torrijos.

—Nosotros vamos a Hermosilla.
Va usted andando?

—Siempre.

—Nosotros también. Podemos ir
fun...untos. Entre compañeros hay que
ser amigos, ¿qué caray! O dejar
uende ser compañeros.

Asentí con algún trabajo, y ca-
minamos. El padre se detenía al-
guna vez mirando los escaparates.
E...esto me dió una elevada idea
de su buen criterio. Amalia y yo
rec...dejábamos atrás y luego tenía-
re...nos que esperarle.

—Papá me desespera—me afir-
stinó—. No comprendo a los hom-
mujeres que se paran en todas par-
tidas. ¡Luego dicen que las mujeres!
Usted no será de esos que se
con...uedan embozados con todo, ¿ver-
culad?

Sentí vergüenza y negué a Je-
ús. Repliqué:

—¿Yo? Míreme a la cara, Ama-
lia. ¿Cree usted que yo?...

Y hasta aparecí ofendido de su
ospecha.

—No, no. Lo creo. Desmerecía
extraordinariamente a mis ojos.
No puedo con las gentes que se
l...aran en todo lo que no les im-
porta. Al principio me daba rabia
on usted, no porque leñera, si-
co por lo que leña. ¡Los anuncios!
A quién le importan los anun-
cios?

Ruborizado, me confesé culpa-
ble. Yo comprendía ahora toda la
magnitud de mi pecado. Por no
desmerecer a los ojos grandes y
expresivos de Amalia, tuve que
encer mil tentaciones en el tra-
ecto, sobre todo al pasar por un
puesto de periódicos de la calle de
errano.

Los dejé en la puerta de su ca-
sa. Tuve que retroceder a la mía,
perdiendo un tiempo precioso en
el camino. Comí más tarde. Y le-
jos de enfadarme, por una de esas
contradicciones de que hablábais,
me sentí satisfecho de mi jernada.
Tan satisfecho, que al ofrecerme
la patrona el *Nuevo Mundo*, que
yo leía siempre, le dije distraído:

—Luego lo veré. Ahora tengo
unas cosas en qué pensar.

No eran precisamente cosas sino
personas. Amalia, la empleadita

periódico o se abriese un libro de-
lante de ella.

—Eso es para la soledad. Por
respeto a los demás y a sí propio.
E incluso por consideración al es-
critor. A quien pone todo su cui-
dado en hablarnos, no se le debe
escuchar distraído.

No le faltaba del todo la razón;
pero la soledad, teniendo relación
con Amalia, era cosa difícil de lo-
grar. Porque cuando no me tenía
a su lado, me endosaba las más
extraordinarias comisiones.



de la Fraird, me había pertur-
bado.

*

Ni puedo detenerme, ni quiero,
en el detalle, día por día y maña-
na por mañana, de los progresos
de nuestra amistad. Al mes, en-
traba en la casa y tomaba café
con ellos. Al mes y medio, Ama-
lia y yo salíamos solos y paseá-
bamos por el Retiro o deambulá-
bamos por la Moncloa, rara vez
por las calles céntricas, porque
ella me decía:

—Los escaparates son los asien-
tos naturales de la tentación. Hay
que huir de ellos.

Y huíamos. No sin cierta nos-
talgia por mi parte. Pero mi ma-
yor sacrificio estaba en la absten-
ción de la lectura. Amalia no po-
día sufrir que se desdoblase un

Yo fui primero el encargado de
visitar todas las casas de máqui-
nas de escribir para averiguar
dónde habría una que la convi-
niera por el precio y las condicio-
nes de pago. Yo recibí luego el
encargo de copiarle los nombres,
después de averiguarlos, natural-
mente, de todas las Sociedades si-
miliares de la Forning y de la
Fraird, porque mi amiga era de
una previsión ejemplar.

—Hay que saber—decía—dónde
puede estar el pan de mañana.

Yo, en fin, estudié los negocios
más áridos, influenciado por ella,
que me aseguraba:

—El mejor empleo de nuestro
trabajo es con nosotros mismos.
Porque para el bien propio no hay
jornada ni resistencias para el
egoísmo.

Sabía mucho, mucho; pero de

vida práctica todo. Vivían bien de
sus sueldos y aun ahoraban. Yo,
que era sincerísimo con ellos, les
había explicado mis infinitas des-
venturas. El padre las juzgaba
corrientes y naturales. La señori-
ta me invectivaba, asegurando que
todas mis calamidades tenían su
origen en mi falta de criterio.

—Quien se pasa la vida deplo-
rando no haber nacido millonario,
difícilmente llegará a serlo—me
aseguraba—. Para dejar las cosas
no hay más que tomarlas con
afán. Si usted se hubiese aplica-
do a la contabilidad con tenaci-
dad, tendría un buen puesto y la
contabilidad la llevarían otros.

Me maravillaba la justeza de
sus paradojas, y las buscaba co-
mo un buen consejo. Un día en
que, llegando al último límite de
mi franqueza, la confesé mi pa-
sión por la lectura y a qué extre-
mo me llevaba, me censuró acre-
mente y me tuvo una semana sin
caramelos.

—El hombre que lee por la calle
—afirmó con su contundencia ha-
bitual, que se contradecía con su
apariencia suave—, no ve el ca-
mino. Hay que leer en casa. Y el
hombre que lee, sobre todo, no ve
la vida sino en un espejo, a tra-
vés de un cristal, turbia y fraccio-
nadamente, como detrás de un
visillo. Hay que vivir primero, y
después leer. Primero pasar para
que otros miren, y luego detener-
nos para mirar.

Era una cosa prodigiosa de ca-
rácter y de intuición la señorita.
Lentamente se fué apoderando de
mí y acabó dirigiéndome en ab-
soluta.

No éramos novios. No nos ha-
bíamos dicho una palabra de
amor. Ni ella las provocaba ni pa-
recía dolerse de que yo no las di-
jera. Mucho más elocuentes que
las palabras, los hechos nos iban
encadenando y anudando fuerte y
progresivamente. El cariño me
hacía ceder y obedecer gustosa-
mente a todas sus sugerencias. En
ella el afecto parecía dotarla de
cualidad de mando. Hay muchas
mujeres así, en las que el manda-
to es un honor. Y muchos hom-
bres, como yo, en que la alegre
servidumbre es la más palmaria
prueba de devoción.

En mí llegó al extremo de ha-
cer ahorros, privándome de todo
lo superfluo, en una previsión
prudente del día de mañana, del
día de mañana en que compren-
día que se me impondría la nece-
sidad de hablar. Y alimentaba
firmemente la esperanza de no ser
rechazado.

Así continuáramos sin un men-
guado incidente que me echó de
mi esquina.

Henri Thompson, mi compañero
de mesa, me tendió un día, por
encima del mayor, un libro de
versos. Sin darme cuenta, lo abrí.
Inconscientemente leí las primeras
estrofas: eran unas delicadísimas
décimas de Bécquer. Volví una
hoja; luego, otra; después, más...
No cesé en mi lectura hasta que
acabé con el libro, y un poco abs-
traído aún, torné al trabajo. Pla-
za, que estaba a mi izquierda, me
comunicó:

—El gerente ha pasado tres ve-
ces y le ha visto.

Me atemorizó. A poco, me lla-

maron. Acudí a la Dirección, y el secretario me dijo secamente:

—Puede pasar a cobrar a la Caja. Queda despedido.

Poseído de vergüenza, salí de la Forning, sin esperar a mis compañeros de la Fraird. Para evitar todo encuentro con ellos, me mudé el mismo día a la plaza de Santo Domingo, sin decir a nadie las señas de mi nuevo domicilio. Temía sus recriminaciones más que mi cesantía, y me hubiese sepultado debajo de tierra con tal de no oír los reproches de Amalia, sus justificadas invectivas.

Tuve que buscar trabajo, y mientras lo encontraba me di de nuevo a las lecturas. Es verdad que mi espíritu ahora estaba casi siempre ausente. Las letras bailaban ante mis ojos, y detrás de ellas veía a Amalia y su cuartito de la calle de Hermosilla, en el que alguna vez imaginé vivir. Tomé en horror a Bécquer y me decidí a aceptar cualquier destino, incluso fuera de Madrid, con tal de hallar consuelo a mis tristezas y poder dar a mi amiga noticia—que ella seguramente ya tenía—de mi error cuando estuviese reparado.

Ahora ya leía los anuncios con codicia, no con el artístico interés que se llama vulgarmente curiosidad. Y eché de menos las listas que Amalia me obligó a hacer de las Casas similares de la Forning, listas que quedaron en su poder. De buena gana se las hubiese pedido; pero no me atreví a escribirla ni a ponerme delante de su presencia; de tal manera estaba abochornado.

Mis economías se disipaban y mi espíritu se entenebrece cada vez más, cuando un día leí con asombro en los «Anuncios breves» de EL IMPARCIAL:

«Antero: Sufro ausencia. Venga seguro del afecto de Amalia.»

Yo nunca había creído que esta correspondencia particular la escribiese ni pagara nadie. Siempre sospeché que eran bromas de los redactores para completar o facilitar la confección. Pero ahora no me ofrecía duda. Antero era yo. ¡No hay tantos Anteros por el mundo que hagan sufrir de ausencia!

Emocionadísimo me presenté en la calle de Hermosilla. No hubo para mí ni una censura ni una queja. Amalia, que estaba sola cuando yo llegué, tenía los ojos enrojecidos, y sólo acertó a decirme, turbadísima, después del saludo:

—Siéntese, Rózpide; tenemos que hablar.

Y después de una pausa:

—Nos hemos despedido de la Fraird. Hemos tomado en traspaso una papelería. ¿Quiere usted trabajar con nosotros?

La idea de percibir un sueldo de sus manos me humilló. Ella, advirtiéndolo, aclaró dulcemente:

—Para que todo sea de todos, si quiere usted.

—¿Y su padre, mi padre?

—¿Por qué no?

Cogí sus manos y las besé con transporte. Ella rió gozosa y feliz.

Al día siguiente comencé mis servicios en la papelería, sin contabilidad esta vez, y tres meses después inauguré mis tareas ma-

trimoniales. ¡Ah! ¡Si yo no hubiese dejado de leer en el ascensor! Sería soltero y libre todavía. No es que lo deploro. Pero pienso con una leve melancolía filosófica que cuanto más caballeresco se conduce uno en la vida está más cerca de la coyunda. ¡Y ser más bueno para merecer un castigo mayor...!

No es que me queje, no. Soy un hombre venturoso en absoluto por primera vez en la vida. Si hablo con aparente nostalgia, es como burla. Mi negocio—¡oh, este posesivo encantador!—marcha. Mi familia aumenta a cada año con un nuevo vástago. La alegría me hace jovial y comunicativo. Yo no tendría nada que añadir si no tuviese que volver al comienzo, a las contradicciones de que hablabamos. Porque yo no podía nunca suponer que fuese mi mujer. ¡Amalia!, la que me animase a leer los periódicos de cabo a rabo. Y es ella, ¡ella!, la que a la hora de dormir, después de acostar a los chicos, me dice:

—¿No tienes nada que leer? Anda, quédate un rato y entretente un poco, que es temprano aun. Aunque sea con los anuncios. No les tengo rencor desde que les debo mi felicidad. Y con su mirada recorre las cunas.

J. AGUILAR CATENA

YERMO

En mi espíritu seco como una rastrojera ya no vive ni el eco amortiguado y hueco de una vaga quimera.

Se han mustiado las claras luces de la ilusión, y me huyeron las raras inspiraciones caras de mi cara canción.

Triste, infecunda gleba, el erial de mi vida a mi espíritu lleva la desilusión nueva de una siembra perdida.

¡Maldición a la esteva y a la entraña dormida del terral de mi mental Como el rastrojo, siente mi alma la dorada caricia de un poniente triste sol de otoñada;

y quisiera ver presos —tal que secos cañotes— en un nimbo de llama los enfermizos brotes de estos sueños obsesos de mi íntimo drama.

... Que mi espíritu seco como una rastrojera de agrio cañote hueco se dijera que sólo añora el fleco fulgente de la hoguera.

N. HERNANDEZ LUQUERO

Quiesco de EL IMPARCIAL

Calle de Alcalá
(esquina a Barquillo)

Libros recibidos

Acaba de publicarse *Figuras y cosas que pasaron*, obra de Pierre Loti, traducida por Vicente Díez de Tejada.

Son muchos y variados los trabajos que contiene este libro, y todos ellos proclaman la sensibilidad exquisita del gran escritor y su estilo inconfundible, único, en el que nadie ha podido superarle. Destacan en la obra las páginas dedicadas al país vasco. Con vigoroso trazo pinta Pierre Loti la imponente grandeza de Loyola y su suntuoso convento, de una magnificencia tan insospechada, que sorprende al mismo Loti, que recorrió todas las tierras y cruzó todos los mares, movido de un afán inexpressable. Son también grandes aciertos los capítulos en los que, con arte singular, evoca las encantadoras costumbres de los campesinos y marineros de Vasconia. Y para que no falte la nota exótica en *Figuras y cosas que pasaron*, dedica Loti las páginas finales a evocar el misterio de ese país de Annam, tan legendario.

Otra obra nueva, llamada a despertar gran curiosidad, es la novela de Benito Lynch, titulada *El inglés de los gñesos*.

Benito Lynch es uno de los más notables escritores de la República Argentina. De siete años a esta parte ha producido novelas como *Los caranchos de la Florida*, *Plata dorada* y *La evasión* y varias colecciones de cuentos que le han dado fama clamorosa en su país y en toda América.

El inglés de los gñesos es una novela de ambiente argentino, escrita en el pintoresco español que habla el pueblo del Plata.

Por su estructura novelesca, es una obra de arte extraordinario. Los tipos de La Negra y el inglés mister James, con su accidentado y doloroso idilio, servirían por sí solos para la celebridad de un escritor; pero no son inferiores en mérito los otros personajes de la obra, las prodigiosas descripciones del ambiente local y el interés de la fábula.

La Argentina sin velo o Guía del emigrante es una interesante obra de D. José del Castillo, donde éste estudia muy documentalmente la historia de la gran República suramericana en relación con todos aquellos conocimientos que puedan resultar útiles al emigrante.

«La precocidad e intensidad que se manifiestan en la vida americana—dice el autor en el prólogo—es la causa del interés con que mira Europa al doble continente.»

Lo mucho y variadamente que se ha escrito sobre estas Repúblicas, unas veces con excesivo elogio y otras con injustas censuras, y siempre sin calcular el verdadero interés del emigrante, justifica, en opinión del Sr. Castillo, este libro sincero y modesto.

«No te ciegue la pasión propia en la causa ajena, que los yerros que en ella hiciera, las más veces serán sin remedio, y si tuviere, será a costa de tu crédito. (Consejos

de Don Quijote a su escudero Sancho.)

«No presumo de escritor—siguiendo el Sr. Castillo—, ni tengo parcialidad por nada ni por nadie, solamente me propongo ser útil los emigrantes, como yo hubiese querido que otros lo hubiesen sido cuando lo necesité.»

Esta es la verdadera finalidad del libro *La Argentina sin velo*, en ese aspecto, la idea ha de parecer excelente, aun sin compartir algunos puntos de vista del autor.

Sin entrar, pues, en el análisis de la obra, encontramos altamente recomendable su propósito.

Alberto Ostria Gutiérrez acaba de publicar unas impresiones de Madrid con el título *La casa de la abuela*, título justificado por estas palabras del autor:

«La casa de la madre?

No.

La casa de la abuela. Porque eso es España para los americanos que en el nuevo continente dejamos la casa de nuestra madre.

... Y es Madrid el corazón de la casa de la abuela.

«Ciegos son los que ven a Madrid sólo con los ojos del rostro—dice en el prólogo—. A Madrid hay que verlo con los ojos del alma. Además, para conocerle, para comprenderle, para quererle, hay que vivir en él largo tiempo: meses, años, hasta impregnarse de «ambiente deleitoso», que dijo Maragall.

Es Madrid como esas personas feas que a primera vista nos causan mala impresión; pero que, luego de conocerlas y tratarlas, nos atraen, nos seducen y acaban apoderándose de nuestro pensamiento y de nuestro corazón.

En nada se asemeja Madrid a otras capitales europeas. Mucho de ellas la aventajan quizás en belleza material; mas en gracia, en simpatía, en alma, no hay ninguna que la iguale siquiera.

Así dice el prefacio del libro *La casa de la abuela*, en el que se estudia el Madrid del pasado y el actual, su vida, sus costumbres, sus fiestas típicas, sus barrios populares, sus Centros de reunión, sus características tertulias, todo en fin, lo que impresionó la sensibilidad de este culto escritor americano, que no puede llamarse forastero, autor de obras tan celebradas como *Rosario de leyendas* y *El traje de Arlequín*.

EDITORIAL "MUNDO LATINO"

Sagasta, 14.-MADRID.-Apartado 502

Dos obras interesantes que acabamos de aparecer:

"LA ESPADA DEL SAMURAY"

por RUFINO BLANCO-FOMBONA

Precio: 6 pesetas

Admirable colección de artículos y ensayos sobre temas palpitantes hispanoamericanos, y

"ESTAMPAS GROTESCAS"

por PEDRO DE RÉPIDE

Precio: 3 pesetas

Colectión de versos de aspectos de la vida madrileña, plenos de humorismo e ingenio desenfadado.

En todas las librerías y en la casa del libro Pí y Margall, 7 (MADRID)

PEQUEÑAS GLOSAS

Al margen de las lecturas

ADMIRABLE Costa: Tu espíritu, tan enamorado del hermano árbol, libre ya de la envoltura carnal, ¿convive, acaricia con su soplo etéreo el ramaje de los manzanos, la tenue pelusa de los duraznos, las enhiestas copas de los cipreses, las cimbreadas hojas de las palmeras?

Si; puede afirmarse que, al dar el paso inicial hacia la región del Misterio, tu espíritu—¡oh, apóstol que tantos himnos elevaste al árbol, fiel amigo del hombre!—quedó adherido, fusionado en un estuoso beso a las selvas odorantes, ubérrimas... Y puede asegurarse también que aun no has despertado del suave delirio...

Y más de una voz profetiza que sólo saldrás de tu sopor al conjuro de los golpes asestados—con gozo casi zoológico—por la seguridad del leñador furtivo al tronco del árbol en que precisamente yaces en dulce éxtasis, que derramarás candentes lágrimas, las cuales, al caer sobre el hacha taladora, la fundirán, anonadando al que la empuña, y que éste, empavorecido, correrá selva adelante, exclamando: «¡Milagro, divino milagro!»...

Acabo de saborear nuevamente *La voluntad*, de Azorín. El recuerdo ignescente que en mi ánimo dejaron impreso las magníficas páginas de este peregrino libro del «pequeño filósofo», leídas con delectación hace algunos años, se ha enalbardado más y más.

Para mi espíritu, ávido siempre de gustar las exquisiteces y galanuras que los magos del Arte esparcen a todos los vientos con mano sabia y pródiga, ha sido esta reciente lectura de *La voluntad* algo así como un néctar suave, odorífero, acariciante, libado con el ansia febril de un sibarita.

Mi yo—¿por qué no decirlo?—ha quedado altamente complacido de ese íntimo alborozo, ya que así pone de relieve su identificación con el arte noble—ante cuya ara, como *agnus* medroso, humilde y reverente se prosterna—, y su olímpico desdén para el que tiene como misión principal—o única—ser esforzado paladín del plebeyo gusto de quienes viven en perenne maridaje con esa estólida dama que lleva por nombre Vulgaridad.

Cuando he concluido de leer esta novela, hecha a modo de aguafuerte, tan sobria como intensa y vibrante, con una sinceridad anímica, que capta por entero nuestra atención, no he podido resistirme a parangonar, y me he dicho: ¿Qué abismo más enorme el que existe entre este ático escritor y la inmensa pléyade de modernos noveladores que han puesto toda su mentalidad, sin restricciones, al servicio de una literatura lujuriente, que más parece procaz reclamo para la ave-

riada mercancía del lupanar que espontánea concepción del cerebro...

He releído al azar, hace pocos días, algunas de las páginas de esa sentimental novela de Dumas, el pequeño, en la cual nos da a conocer, bajo el nombre de *La dama de las Camelias*, los dolientes amores de María Duplessis.

Este libro, que con *Manon Lescaut* y *Pablo y Virginia* forma una perfecta trilogía del amor romántico, «muy 1830», que culmina con vívidos destellos en *Hernani*, del formidable Hugo, opri-me, ataraza nuestra sensibilidad, y siempre que lo leemos nos sentimos transportados a la adolescencia, época feliz de nuestra vida que en todos momentos recordamos aureolada por una especie de androginismo deleitoso, paradisiaco...

Al terminar de recorrer los capítulos evocativos de los tristes amores de Margarita Gautier, con el tomo aun entre las manos, he musitado a guisa de oración:

María Duplessis: Las caravanas de *midinettes* y estudiantes que constantemente, como a modo de peregrinación, se dirigen al cementerio de Montmartre para cubrir tu sepulcro de albas y rojas camelias—tu flor predilecta—, son signo inequívoco de que tu amor—«tu ingenuo amor, blancura, y oro tu sacrificio», como ha dicho un joven poeta—, al transformarse para ti en flagelo horriblemente torturador y tronchar tu existencia, te redimió, te santificó...

Que para las almas nobles, no contaminadas del envilecedor prejuicio, siempre habrán de ser santas y mártires las pecadoras que mueren purificadas por las milagrosas aguas del Jordán del Amor, como ungida y purificada fué con ellas por el dulce Rabi de Galilea la sin par María de Magdala...

La novela contemporánea hallase sumida—salvo honrosísimas excepciones—en un vaho de cieno que amenaza asfixiarnos.

Obras hay que más parecen concebidas en inmunda cochiguera que bajo el tibio y sedante cobijo del gabinete de trabajo del escritor.

Es muy cierto, como alegan muchos, que la literatura romántica hizo bastante daño a las almas sensibles y soñadoras; mas este nuevo género literario, de un naturalismo ponzoñoso y prostibulario, produce infinitamente mayores estragos, ya que excita la risosidad y pervierte el alma de la generación actual, y quizás también de la próxima venidera.

De seguir por esta senda, preciso será clamar por que se establezca la previa censura para las producciones de estos novelistas de nuevo cuño, a fin de evitar el lento, pero seguro envenamamiento espiritual que este arte innoble, deletéreo y nauseabundo produce a las personas que lo saborean con delectación.

Tomás E. MONTESDEOCA

NOVELERIAS

Las confiterías de barrio

Son estas antiguas confiterías escondidas en las calles sin circulación, estas viejas confiterías que ostentan en sus portadas un rótulo anunciador de su medio siglo de existencia, las preferidas de los viejecitos para comprar los dulces y los pasteles, los roscos de Reyes y los panecillos del Santo y los buñuelos de viento y los turrones de Navidad, recordando otros años juveniles y mozos en los que acudieron con el contento de la posesión de un duro a hacer gasto en la confitería entonces en boga.

Son estas confiterías, en las que los viejos entran, apartando los ojos del cartel que dice el año de la fundación, para que esta fecha no les muerda con el recuerdo de su vejez. Intento éste de olvidar los años que es inútil, porque a la vista de la encargada—vieja como la tienda, vieja como ellos—han de recordar forzosamente que aquella mujer, encogida e insignificante, fué, allá en el setenta y tantos, garrida moza y suprema atracción del establecimiento. Inútil el intento de olvidar los años, porque la luna azogada—vieja como la tienda, vieja como ellos—, la luna que reflejó los gestos gallardos de los veinte junios, les muestra ahora las arrugas del rostro y el blancor del cabello y el tembleteo de las manos y la espalda curvada y el pecho hundido.

Son estas viejas confiterías en las que se paladearon unos hojaldres y unas copas de vino generoso que endulzasen el amargo sabor de unos exámenes; en las que se refugiaron él y ella y la madre de ella durante un chubasco imprevisto; en las que se encargaron los dulces imprescindibles del día nupcial. Y son ahora estas viejas confiterías de barrio en las que se adquieren las repletas bandejas para el bautizo de uno de los nietos o para celebrar—tristemente, cruentamente, melancólicamente, con la melancolía y la crueldad y la tristeza del recuerdo—unas bodas de oro, que son como el anuncio de un próximo fin.

Y son también estas viejas confiterías una atracción para los chicos de la calle, que se paran largos ratos ante los fascinadores escaparates llenos de tentadoras golosinas. Y son las pilas de mantecados, y las fuentes de pasteles de crema, y las bandejas de dulces de yema y de coco, y las tar-

tas complicadas, que encierran bajo la capa de *chantilly*, de mantequilla o de compota, el esponjado, blando y dulce bizcocho, y los tarros de anises, de caramelos, de bombones, y las tabletas de chocolate con almendra, lo que retiene, hora tras hora, con las naricillas aplastadas contra el cristal, a los chiquillos desarraigados y sucios, de ojos brillantes y labios húmedos, en una contemplación deseosa y anhelante, extasiados ante la visión de aquellas golosinas que no han de probar.

Algunas veces, muy pocas, entran alegres, contentos, con una moneda de cobre en el puño cerrado. Desde allí, que es para ellos el recinto supremo de todas las tentaciones y de todos los placeres, miran a los otros chicos que siguen tras el escaparate, callados, quietos, con los ojos fijos en el dulce preferido, con una religiosa unción. El que ha entrado queda confuso. La vista de tantas golosinas como en el escaparate y en el mostrador se amontonan, cubiertas por una gasa para salvarlas de las moscas, y el amable y cálido perfume de la pastelería, le marean y le aturden.

La pregunta de la anciana mujer le produce una gran perplejidad. ¿Qué quiere? El no lo sabe. Tiene dinero, tiene diez céntimos y quiere gastárselos en dulces. Concretamente no sabe qué pedir. Y consulta a la mujer:

—¿Qué puedo comprar con una perra?
—¿Gorda?
—Sí—dice, mostrándosela.
—Eso únicamente te alcanza para una tableta de chocolate.

Y el pobre ve por los suelos todas sus ilusiones; él había pensado que aquella moneda le daría derecho a otras golosinas más apetitosas, más exquisitas y, sobre todo, de tamaño más grande.

Coge la tableta que alarga la mujer y, pronto, un pensamiento, una esperanza en el porvenir, le devuelve la alegría del sano optimismo y le cura del dolor de la desilusión sufrida:

—Cuando sea mayor, cuando tenga dinero, podré comprar muchos dulces, ¡muchos! Cuando sea mayor, cuando tenga dinero, podré comprar los dulces más grandes... para que rabie esta antipática mujer.

Son estas antiguas confiterías escondidas en las calles sin circulación, estas viejas confiterías que ostentan en sus portadas un rótulo anunciador de su medio siglo de existencia, las preferidas de los viejos, que fueron, y de los niños, que serán.

Antonio GASCON

ADVERTENCIA

Recordamos a los señores que nos honran con su colaboración espontánea, que en «ningún caso» nos es posible devolver los originales no solicitados, ni mantener correspondencia acerca de ellos

CARLOS COPPEL



Fuencarral, 27

